

Mely González
Aróstegui

*Calibán:
una necesaria defensa
a nuestra identidad*

Una nueva realidad afirmada a través de cuatro siglos, y expresada en la vida del hombre latinoamericano en su devenir histórico, ha sido reconocida por Roberto Fernández Retamar en su ensayo «Calibán». Escrito en 1971, este trabajo resulta una importante contribución al desarrollo de una cultura de resistencia latinoamericana, por la trascendencia que dentro de él adquiere una visión nueva de la historia y la cultura en el continente.

Entendemos por cultura de resistencia todo el proceso de formación, integración y síntesis de una concepción emancipadora, que se ha ido forjando en América Latina estrechamente vinculado a procesos políticos y revolucionarios, y manifestándose fundamentalmente como un esquema de pensamiento que rechaza la penetración cultural del modelo occidental. Es una manera alternativa de concebir la historia humana, buscando el lugar de lo propio en ella, entrando en el discurso de Occidente, y obligándolo a reconocer un pasado para muchos olvidado. Es, en fin, un proceso de búsqueda de alternativas emancipadoras que sintetiza varios momentos: la conservación y protección de lo propio, la asimilación de lo ajeno con un fin superador, y la creación, el desarrollo del hombre y su cultura.

Retamar se inserta entre los intelectuales latinoamericanos que han realizado un gran esfuerzo cultural por demostrar el desarrollo ascendente de este proceso con un fin «descolonizador».

Primeramente, hay que tener en cuenta la defensa que realiza de la cultura latinoamericana, cuando señala el peligro de permitir que se ponga en duda su existencia. «Poner en duda

nuestra cultura [señala Retamar] es poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma, y por tanto estar dispuesto a formar partido en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte».¹

Retamar asume una posición crítica frente a las vías homogenizadoras de la cultura que históricamente han utilizado los países capitalistas desarrollados, porque sería caer en posiciones favorecedoras de «viejos» y «nuevos» intentos colonizadores. Corrobora la tesis de que entre lo más avanzado y progresista de la intelectualidad latinoamericana ha existido siempre un rechazo a las formas abiertas o veladas de coloniaje cultural y político, y en este sentido reconoce que frente a las pretensiones de los conquistadores, de las oligarquías criollas y finalmente del imperialismo, ha ido forjándose nuestra genuina cultura.

En su ensayo esta cultura trasciende como cultura de resistencia, por el reconocimiento que hace a la rebeldía de los latinoamericanos ante la implantación de la «verdadera cultura» de los pueblos modernos, y que en nuestros días se manifiesta en la pretensión que nos propone la cultura de dominación de enrolarnos en el «mundo libre».

La manera en que aquí es analizado el problema del mestizaje en América Latina, no como accidente histórico, sino como la esencia, la «línea central de nuestra existencia misma» es consecuencia de un estudio profundo de la visión bolivariana, de las investigaciones de Fernando Ortiz que nos llevan a observar la trascendencia de ese proceso de «transculturación», al reconocer como «propio» no sólo lo autóctono sino también lo culturalmente apropiado. He aquí una importante premisa para comprender las bases de un proyecto de identidad latinoamericana que sustenta el proceso de cultura de resistencia. Es, a partir también de la visión de Vasconcelos, una defensa a lo «latinoamericano» más allá de lo español, lo indio, lo negro, de la asunción del «crisol» que produjo la «raza cósmica». Consideramos muy importante en este análisis la nueva visión que da Retamar del personaje Calibán —de la obra de Shakespeare «La

¹ ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR: «Calibán», en *Revolución, letras, arte*, p. 221, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.

Tempestad» —, reconocido ya por muchos autores como el símbolo de la resistencia en el continente.

La historia de este personaje es tratada en el ensayo desde Colón a la contemporaneidad. Retamar nos muestra todo el arsenal ideológico de la burguesía nacional, que va desde las utopías del más acendrado humanismo burgués, hasta las posiciones más racistas y reaccionarias de este «mundillo».

Los personajes Próspero, Miranda, Ariel y Calibán, van adquiriendo diferentes matices y dimensiones, las lecturas son distintas, las miradas varían en la medida en que se marcan fechas y se producen hitos. El protagonismo pasa de Próspero a Calibán, de Calibán a Ariel, de Ariel a Calibán. Porque cada visión de «La tempestad» va arrojando las características de la época moderna, desde el renacimiento hasta la contemporaneidad, aludiendo constantemente a América, y concentrando las diferentes actitudes con que ésta fue asumida primeramente por Europa y luego por Estados Unidos.

Se ha tratado de justificar, en muchas de estas visiones, los procesos de conquista y colonización, colonialismo y neocolonialismo, políticas imperialistas y racistas, para finalmente propiciarse, luego de la Revolución Cubana, que el problema fuese visto a través de otro prisma, donde el protagonismo es asumido por Calibán como representante de los sectores populares que se enfrentan a la dominación con nuevas virtualidades transformadoras y se convierten en agentes de transformaciones económicas, sociales y espirituales. Todo este proceso ha sido una manifestación clara de una relación de contrarios: cultura de la resistencia *versus* cultura de dominación.

En su ensayo, Retamar es categórico: «Nuestro símbolo no es Ariel, como pensó Rodó, sino Calibán».² Y se apoya en toda la historia de las rebeldías latinoamericanas desde Túpac Amaru al Che Guevara. Va más allá de la observancia de la lucha de autoconfirmación nacional para referirse a la lucha por la liberación que le concede a la resistencia un ingrediente de rebeldía, y que es expresado precisamente por esa nueva visión que ubica a Calibán como el héroe verdadero de la historia de América Latina. («¿qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia y la cultura de Calibán?»).

² Ibidem, p. 236.

A diferencia de la Malinche, Calibán aprende la lengua del conquistador no para servirle mejor, sino para maldecirle. He aquí el análisis hecho por el filósofo latinoamericano Horacio Cerutti que lo lleva a expresar: «lo maldice no sólo porque lo dice mal, como todo bárbaro que balbucea la lengua dominante, sino porque al decirlo mal, la víctima dice bien al victimario, lo juzga ética, política y antropológicamente».³ Y añade que aun cuando es un riesgo permanente de la inteligencia en América Latina, «Malinche no es nuestro destino irrevocable»,⁴ porque evidentemente observa cómo en ese acto de aparente subordinación cultural está presente el sentimiento de rebeldía, agazapado, pero próximo a emanar convertido en un proyecto ético-político de liberación.

De manera metafórica, Retamar se orienta acertadamente hacia una caracterización de nuestra situación cultural, hacia una realidad reflejada en la historia del continente, que parte de un esfuerzo mayor por descubrir las bases de una identidad integral; de mostrar, a través de Calibán, que esta historia puede ser percibida por sí misma, como resultado de su propio esfuerzo y capaz de desarrollarse como parte del proceso de trabajo, crecimiento y maduración, al cual solo los europeos habían tenido derecho. Esto es esencial, porque no basta con afirmar una identidad diferente: hay que potenciar su desarrollo ulterior.

Refiriéndose a la nueva interpretación de Calibán, el crítico Hernán Loyola lo define como el «máximo modelo ideal del héroe para la modernidad latinoamericana de izquierda del siglo XX; el nuevo protagonista que presupone característicamente un grado de rebelión, o al menos de resistencia contra el poder de Próspero».⁵

Al asumir a Calibán como eje cultural hay en sentido general una nueva visión de todos los protagonistas, así Retamar señala: «asumir nuestra condición de Calibán implica repensar nuestra historia desde el otro lado, desde el otro protagonista».⁶

³ HORACIO CERUTTI GULDBERG: «Utopía y América Latina», en *La Utopía de América*, p. 30, UNAM, México, 1991.

⁴ *Ibidem*, p. 31.

⁵ HERNÁN LOYOLA: «Canudos. Euclides de Cunha y Mario Vargas Llosa frente a Calibán», *Casa de Las Américas*, oct.-dic., 1991, p. 64.

⁶ ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR: *ob. cit.*, p. 239.

Aquí se está refiriendo a Próspero, porque no hay una verdadera polaridad Ariel-Calibán: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero. Solo que Calibán es el rudo e inconquistable dueño de la isla, mientras que Ariel, criatura aérea, aunque hijo también de la isla, representa al intelectual.

La dualidad Ariel-Calibán, que a partir de este análisis se da en la cultura latinoamericana, es especial e inusual, y lleva intrínseca una de las contradicciones presentes en nuestra cultura de resistencia, tendiente a resolver el problema de cómo imagina su propio pasado una cultura que anhela independizarse del imperialismo.

El investigador norteamericano Edward Said, en su interesante trabajo «Cultura e imperialismo: temas de una cultura de resistencia», aborda las tres aristas de este problema: «una opción [dice] es la de Ariel, es decir, como un criado complaciente de Próspero; Ariel hace de manera servicial lo que se le dice, y cuando ha obtenido su libertad regresa a su elemento nativo, una suerte de nativo burgués que no se preocupa por su colaboración con Próspero. Una segunda opción es hacer como Calibán, consciente de su pasado sato, el cual acepta, pero sin sentirse invalidado para su desarrollo futuro. Una tercera opción es la de un Calibán que desecha su servidumbre presente y sus desfiguraciones físicas en el proceso de descubrir su ser esencial, precolonial».⁷

Resolver esta contradicción implicaría construir una imagen del presente que sustente una actitud liberadora a partir de un análisis objetivo y real del pasado histórico, cuidándose de los extremos a que puede llevar la tercera opción, que sustenta los nacionalismos nativistas. La cultura de la resistencia no puede identificarse con el nazismo y la xenofobia, a que conduciría un nacionalismo extremo.

Lo ideal es que Calibán vea su propia historia como un aspecto de la historia de todos los hombres oprimidos por algún yugo colonizante. La resistencia a la dominación se arraiga en la medida en que se concientiza la nueva visión calibanesca, transformándose esta resistencia en un esfuerzo cultural. De esta forma el pensamiento que sustente a la cultura de resistencia

⁷ EDWARD SAID: «Cultura e imperialismo: temas de la cultura de la resistencia», *Casa de las Américas*, (200):23; jul.-sep., 1995.

debe cuidarse de los nacionalismos competitivos y asumir una solución creadora al divisionismo producido por la conciencia racial.

Tampoco el hecho de observar la polaridad en Próspero debe llevarnos a obviar la visión totalizadora de la historia y la cultura latinoamericanas. Todos los protagonistas le aportan elementos y forman un todo (¿acaso no nos legó Próspero su lengua, convertida hoy en un importante aspecto integrador de la cultura en América Latina?). Asumir esta visión integradora es promover la necesaria articulación Identidad-Universalidad-Civilización a la que estamos llamados los latinoamericanos.

Al escoger a Calibán como símbolo de la resistencia latinoamericana y no al Ariel de Rodó, Retamar apuntó a un debate ideológico profundamente importante dentro del esfuerzo cultural que se ha realizado en América con el fin de lograr una descolonización del pensamiento que continuó mucho después del establecimiento de las naciones-Estados independientes.

En su momento, impulsado por la palabra de Rodó, Ariel jugó un papel relevante en la conciencia de la intelectualidad latinoamericana, pero la visión de Retamar lo supera, porque en ella Calibán puede aceptar su pasado sin sentirse invalidado para su desarrollo futuro, o desecha su servidumbre en el proceso de descubrir su ser esencial precolonial, para transformar el presente.

En el ensayo de Roberto Fernández Retamar está insertada la visión martiana de la problemática tratada. Es universal su visión porque es síntesis, porque se proyecta al futuro desde un análisis objetivo del presente que parte de lo más profundo de nuestro pasado histórico.

La relectura de la historia latinoamericana que pide Retamar llega hasta Martí (trabajos magistrales como «Nuestra América» no han sido lo suficientemente bien leídos), y pasa por Artigas, Recabarren, Mella, Mariátegui y Ponce. Se devela así una de las contradicciones que atraviesa toda la cultura de resistencia en América Latina: el deslumbramiento por lo foráneo (como consecuencia de que el colonialismo ha calado hondo en nosotros), allá mismo donde se intentan fórmulas propias que no copien modelos ajenos. Dice Retamar: «Sólo leemos con verdadero respeto a los autores anticolonialistas difundidos desde las metrópolis.»⁸

⁸ ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR: ob. cit., p. 242.

Desde una perspectiva martiana, esta relectura nos da respuesta a muchas de las interrogantes seculares de la historia del continente, y nos ubica en una posición creadora ante la perspectiva de asumir lo universal sin negar nihilista-mente lo que nos legaron otras culturas para que se produzca el necesario acercamiento entre indigenismo e hispanismo, que sintetice nuestro proyecto de identidad.

El protagonismo de Calibán también nos llega desde Martí, al rechazar el etnocidio de Europa en América e identificarse con los pueblos americanos que le ofrecieron resistencia al invasor. Con su tratamiento de las culturas indias, Martí sienta las bases para futuros estudios etnográficos, sobre todo los de la cultura africana que luego realizarán hombres como Fernando Ortiz.

Con su llamado a la necesaria integración, a la «marcha unida» frente al peligro del Norte, Martí se opone irreconciliablemente a Sarmiento. En América Latina han existido fuerzas orientadas mayoritariamente a favor de la defensa de la identidad, opuestas a la imposición de modelos occidentales; pero también han permanecido aquellas que se subordinan en lo esencial a la cultura de dominación representada por lo europeo y lo yanqui. Estas tendencias también actúan desde el interior de las sociedades del continente y producen numerosos conflictos y contradicciones en el pensamiento latinoamericano. En ocasiones, el propio contexto y las circunstancias que creó la situación económico-social de América Latina a finales del siglo XIX e inicios del XX, justificaron algunas de estas posiciones reaccionarias, haciéndole el juego a la cultura de dominación.

Tal es el caso de Sarmiento y todos los intelectuales latinoamericanos que como él han caído en la trampa del colonialismo, inventos de una supuesta «barbarie» que justificara sus propósitos. Sarmiento intenta justificar con su obra *Conflicto y armonía de las razas en América* la obra destructora del dominio colonial. Ante sus aseveraciones de que «las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes». Justamente señala Retamar: «No era, pues, menester cruzar el Atlántico y buscar a Renón para oír tales palabras: un hombre de esta América las estaba diciendo».⁹

⁹ Ibidem, p. 250.

Retamar nos muestra estas contradicciones, clasificándolas como conflictos de clase, entre los que se ubican en el seno de una decadente y deformada burguesía que asume esquemas metropolitanos, aunque ya están pasados de moda (como fue el caso del positivismo latinoamericano), y los representantes de las clases explotadas: indios, negros, mestizos. Y de tal forma se dirige al análisis de escritores como Borges y Carlos Fuentes.¹⁰

Si se sigue la lógica de este análisis, entenderíamos por qué muchos de los hombres que en América Latina han trabajado arduamente por configurar la vida social dirigiendo su mirada hacia los países más desarrollados, han traicionado la causa de la emancipación latinoamericana. Contrasta con estas posiciones el afán por desarrollar un espíritu abierto a las propuestas de cambios, superador del atraso cultural que la condición de dependencia fomenta y que se plantea una y otra vez diferentes alternativas y proyectos liberadores. Ese espíritu ha marcado profundamente al pensamiento latinoamericano, haciéndole portador de una cultura de resistencia continental.

Es en este camino donde Retamar se esfuerza por ubicar a Ariel, que puede optar también por estar al lado de Próspero/imperialismo, pero que entonces degeneraría como intelectual orgánico (recordando a Gramsci). Su lugar está en las filas de Calibán, porque solo así sería consecuente con la necesidad histórica que nos dicta esta época. Un puesto en esas filas «revueltas y gloriosas» será también nuestra propuesta a Ariel en los inicios del nuevo milenio ●

¹⁰ Porque el autor de «El jardín de senderos que se bifurcan» es una unidad, un todo que representa a una clase atormentada y sin salida, y no la dicotomía que muchos han intentado señalar, que le ha permitido escribir textos inmortales y a la vez firmar diabólicas declaraciones políticas. Por su parte, quien escribe *Gringo viejo* es vocero de esta misma clase, aunque pretenda conservar a ratos un vocabulario de izquierda.